

El pago de la deuda

(Cuento)

Sancho era un hombre muy pobre que no sabía leer ni escribir. Una vez, para reírse de él, unos señores lo nombraron gobernador de una isla. Los señores iban con él a todos lados para divertirse viéndolo gobernar.

Parte del trabajo de Sancho era hacer de juez cuando había problemas entre los vecinos. Un día, dos ancianos llegaron ante Sancho. Uno de ellos llevaba una caña que usaba como bastón. El otro lo acusaba de no haberle pagado una deuda.

—Yo le presté diez monedas de oro y él nunca me las pagó —dijo el que acusaba—, pero además siempre me dice que ya me las devolvió. Yo quiero que lo jure aquí ante todos. Si jura que me ha devuelto el dinero, lo perdono, porque sé que es creyente en Dios.

—¿Qué dices a esto? —le preguntó Sancho al de la caña. El otro anciano respondió así:

—Yo acepto que me prestó el dinero. Pero se lo he devuelto, y lo puedo jurar.

El anciano de la caña se preparó para jurar. Pero parecía que la caña lo molestaba, así que se la dio por un momento al otro anciano.

—Es verdad que este hombre me prestó diez monedas de oro —declaró el acusado—, pero juro ante Dios que ya se las devolví.

Al terminar de jurar, el anciano tomó de nuevo su caña y se fue.

El otro hombre estaba confundido:

—Yo no recuerdo que me haya pagado, pero él juró por Dios que ya me las devolvió, entonces le creo.

Sancho se quedó pensando, y después de unos momentos mandó a llamar al anciano que se había ido. Cuando lo trajeron, le pidió que le diera la caña.

—Cómo no —dijo el anciano del bastón, y le dio la caña a Sancho.

Sancho la tomó y se la dio al otro anciano.

—Quédate con este bastón, que ahora es tuyo, y tu deuda está pagada —dijo Sancho al entregársela.

—Esta caña no vale diez monedas de oro —dijo el anciano.

Entonces Sancho tomó la caña y la quebró. Adentro estaban las diez monedas de oro.

—¿Cómo supo que las monedas estaban allí? —le preguntaron a Sancho. Y Sancho respondió así:

—Cuando vi que antes de jurar le daba la caña al otro, se me ocurrió que las monedas estaban allí. Sólo así el juramento podía ser verdadero.

Como en este caso, a veces las personas pueden engañar sin necesidad de mentir.

Este cuento está adaptado de un episodio del libro "Don Quijote de la Mancha", del escritor español Miguel de Cervantes Saavedra.

